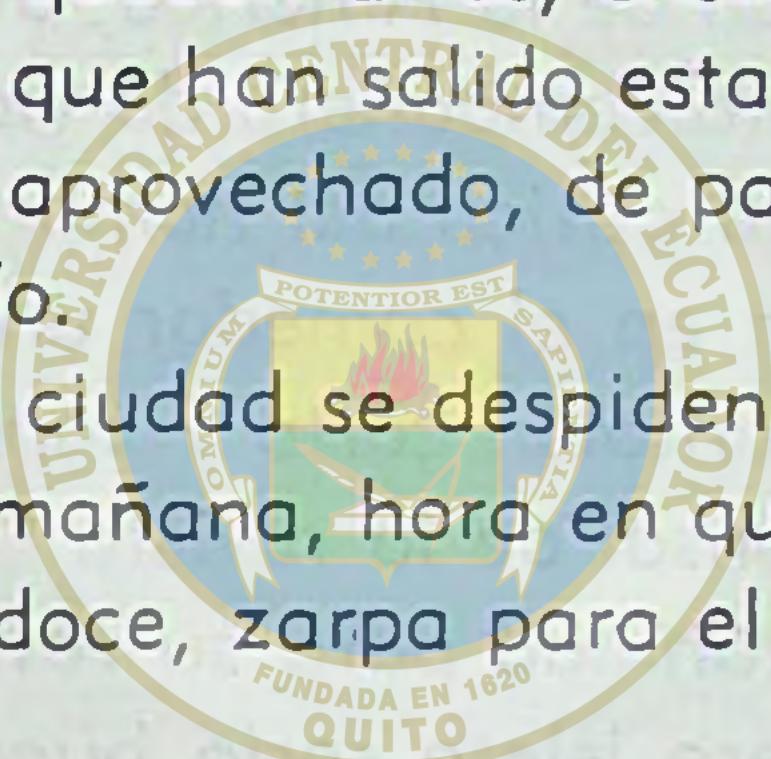




GONZALO RAMON

## GALAPAGOS, TIERRA DE SOL



El río, toro inmenso, sucio y lento, baja a bañarse en el mar. Nuestro barco se ha trepado en su lomo, bamboleándose, mientras canoas asombradas se quedan atrás, enseñando su gran herida cóncava a las pocas estrellas que han salido esta noche a fisgonear lo que pasa en Guayaquil. Han aprovechado, de paso, para retratarse en el agua de fango del gran río.

Las luces de la ciudad se despiden con guiños de sus ojos amarillos, a las dos de la mañana, hora en que, por fin, el Cristóbal Carrier, anunciado para las doce, zarpa para el lejano país de las galápagos y de los cactus.

Dificultades entre el Capitán del Puerto, el representante de la Empresa propietaria del barco y dos o tres empleados de gobierno que iban a las islas no permitieron la salida a tiempo. El primero se aferraba en no dejar viajar a los últimos por no haber llenado no sé qué pase que en la Capitanía llaman ceremoniosamente "pasaporte", el cual todos los pasajeros debíamos haber obtenido previamente, ya que esa era la disposición, aunque no íbamos al exterior. Pero los hombres del gobierno no se creían obligados a cumplir sus mismas disposiciones gubernamentales. Por fin triunfaron. Los vimos meterse a bordo, cuando el bajel zarpaba ya, tirando a la cubierta maletas, catres y cajas, por encima de la cabeza del piloto. Luego ellos cayeron a la gradilla de un salto. Pese a los altos poderes de que dijeron estar investidos, más tarde los vimos viajando en segunda clase.

Al despertarnos a la mañana siguiente, estaba ya desdoblada la verde sabana del mar al rededor de nuestro barco. Tortugas marinhas oliva-oscuro, numerosas y tranquilas, aparecían como los grandes clavos fijados en las carreteras para separar la doble vía. Pequeñas cabrillas y grandes bufeos saltaban delante de la proa, hasta que aparecieron algunos tiburones que siguieron largo tiempo el curso del vapor. Después, el paisaje se tornó monótono.

Empezamos pues a ver hacia adentro, a pasar revista a los pasajeros.

Abajo, una veintena de colonos del Archipiélago; arriba, unos pocos "turistas" atraídos por el pregón de la belleza de las Islas Encantadas.

Un egipcio alto y conservador, que con toda facilidad hacía juegos de manos o hablaba de Palestina, conservó su buen humor durante todo el viaje y fue el primer pasajero que llamó mi atención. Viajaba también un quiteño que vivía largos años en Guayaquil y que iba como Comisario a Galápagos, llevando ato y garabato: recado de escribir, libros de versos, sábanas, pistolera mejicana con su revólver, y hasta, previsivamente una gran montura de vaquero. Entre los pasajeros reposados y observadores, con la experiencia de los años y el talento de los sabios, se contaba un médico guayaquileño. Su esposa colecciónaba raras especies indígenas y leía libros de biología. Un industrial polaco que había respondido al llamado de la América, avecindado en Buenos Aires, fue también nuestro grato compañero de viaje. Todo lo observó y todo lo midió, con ese espíritu crítico del hombre organizador. Muy a la mañana hizo su aparición en el comedor un hombre requemado por los soles ecuatoriales, en pantalón corto y zapatos de caucho. Más tarde supimos que era corresponsal de la revista "Islands in the Sun", de Estados Unidos. ¡Qué oportunidad para su revista que siempre estaría buscando islas! Cualquiera isleta sería buena para tomar fotografías y mentir algo de ella. ¡Y aquí se encontraba nada menos que con un Archipiélago preñado de leyendas, visitado por piratas y sabios, y habitado por raras especies animales! Para los americanos, hambrientos de sensacionalismo, había aquí escenario para hacer un par de libros: bahías, caletas, ensenadas y grutas estaban aun hablando de bárbaros corsarios; dramas de baronesas y doctores, pescadores y campesinas alemanas se habían desarrollado entre las cacteas; viejos militares germanos vivían en Santa Cruz; animales raros que aún recordaban épocas de espanto en que el vulcanismo levantó y asoló islas íntegras, vivían plácidamente en sus praderas; y para ayuda, tampoco faltaban a la lista de novedades, dos mil volcanes sobre la agitada espalda de las negras islas.

Completaba el pasaje, una bonita norteamericana joven, que viajaba con su esposo. También iba una mujer manabita, tostada en su piel, desde generaciones anteriores, y una desengañada cincuentona guayaquileña, que ni aun tarde se atrevía a hacer lo que siempre temió, pero quiso.

Nos hemos olvidado de uno de esos singulares caballeros que nunca faltan: el explorador. Se llamaba Luis Miranda y Santander. Al acercarse, portaba una tarjeta grande en que había impresos quince títulos que iban desde el de ornitólogo, zoólogo, botánico, disector, fitógrafo, fitopatólogo, naturalista, hasta el de paleontólogo y... numis-

mático. Decía haber trabajado varios años en una petrolera inglesa...y no hablaba inglés. Había trabajado con varios naturalistas, y no se atrevió a coger una lagartija que se subió en mi hombro. Viajaba con dos monos y un loro, para "fundar" un zoológico en el Archipiélago de Colón. A mí me recordaba uno de esos graciosos embaucadores que se paran sobre una silla en la Avenida 24 de Mayo (Quito), con una cabellera postiza y pregonan específicos para evitar la caída del cabello, o venden aguas milagrosas para la dentadura, gritando su mercancía por entre dos solitarios dientes negros. Nuestro hombre hizo las delicias de los pasajeros. En el camarote que le habían asignado, detrás de sus bolsas, angarillas, alforjas y árguenas llenas de flechas, coronas de plumas y arcos del Oriente Ecuatoriano, podíamos ver los baldes y trapos que servían para la limpieza del barco. Su camarotillo era también el almacén para guardar las sondas, los vasos y alcuzas de repuesto para el comedor, los cuales se encontraban en formación de batalla, delante de su desarreglada litera. Los pasajeros no dejaban de pasar por su puerta contemplando un pequeño mono, que descascaraba hábilmente un plátano cogido de la cabeza que maduraba balanceándose encima de la propia nariz del colecciónador de plumas y vendedor de hierbas secas.

En los demás camarotes pequeños, pero agradables, reinaba la limpieza. Allí viajábamos los curiosos del mundo, que todas las mañanas hacíamos cola para poder usar el único servicio higiénico para hombres que había en nuestro piso.

Tres largos días de verde monotonía separan Guayaquil de las Islas Encantadas, durante los cuales leímos, conversábamos o jugábamos. Se tuvo buena música, gracias a un poderoso receptor, a transistores, el único que resistió la prueba de fuego de la distancia: mil kilómetros del perfil de la América del Sur. Allí están las Galápagos.

Muchos turistas paseaban por cubierta con su cámara fotográfica al hombro, pantalones de seda amarillo y camisas con amapolas y canarios. Un naturalista francés se levantaba varias veces de su silla de tijera para pescar nuevas especies de moscas, para nosotros comunes, que se paraban en el queso. El las bautizaba nuevamente, con nombres como Degaulline, aunque Darwin ya las había encontrado un siglo antes.

Arribamos a Puerto Baquerizo Moreno, en la Isla San Cristóbal, capital de las Islas. Es la más oriental de ellas. Debe tener quinientos habitantes, la mayoría de ellos pescadores. Llegamos por la noche. Las cincuenta casas del poblado nos esperaban sentadas en fila india a lo largo de la bahía, mirando con sus enormes ojos oscuros, la llegada del ansiado bajel. Sus espaldas y costados, sus vientres pintados y

pretensiosos eran de madera traída del continente. Su cabeza estaba cubierta de enmohecidas planchas de zinc. Sus pies tomaban el baño cada marea, en el agua azul de la bahía, resecos cada vez de tanto posarse en la arena caliente de la pequeña playa. Donde ésta terminaba, daba comienzo la orilla escarpada, el roquedal interminable, la formación basáltica oscura, y los grandes regueros de lava que bajaban hasta el mar.

La vegetación que envolvía al poblacho por sus tres costados se componía de arbustos bajos de hojas pequeñas, cactus altos, y plantas de hojas grises.

Pusimos nuestros pies en el muelle de madera incorruptible que fue construido hace ochenta años, en las épocas de terror que envolvieron a la Isla Chatham en un velo de leyenda. Se quejaba como un viejo ciempiés torturado, mostrando en su espinazo por donde caminábamos, las heridas de sus tablas rotas. Ningún gobierno se ha preocupado de arreglarlo o reemplazarlo.

Los habitantes salieron a la playa a recibirnos. Pescadores que trabajan reciamente cuatro meses al año, pescando bacalao. Lo salan y lo entregan al infaltable intermediario, que el resto de meses del año les provee de víveres y otros artículos. Al llegar la época de Cuaresma, el comerciante se hace pagar su deuda, adquiriendo el pescado a un precio obligado, mucho menor que el real del mercado. Los hombres nos decían: "Señor: ¡Estamos tan lejos del continente, que tenemos que depender en todo de estos tenderos que hoy día están milenarios, y nosotros seguimos pobres!"

Es muy decidor que, precisamente, al llegar a tierra, lo primero con que se nos recibiera, fuese con la noticia de que también allá, la apartada región del mundo en que se esperaba hallar paz y concordia, estuviese, en primer término, la explotación del hombre por el hombre. El dinero llegaba a los bolsillos de los pescadores por gotas. Ellos seguían su vida monótona en la Isla San Cristóbal, descalzos y con un calzón de tela kaki por todo llevar; alguno descascaraba café en un rudimentario pilón de madera; otros sentados en la baranda de una tienda miraban sin interés a los turistas. Todos tenían la apatía pintada en sus rostros de aceituna seca, mientras un antiguo comerciante que fue a las islas, con las manos en la cabeza, y en la bolsa cuatro varas de tela de algodón, vivía ahora gordo e inescrupuloso en Guayaquil, convertido en potentado, dominando desde lejos el negocio de prestar plata y víveres a los pescadores, cobrándoles luego en bacalao al precio que él imponía. No había otros compradores.

Vimos al repórter de la revista americana anotar en su libreta: "Pescadores felices. Basta trabajo tres meses vivir todo año. Necesidades satisfechas. Mano sobre barriga, vida perfecta".

Hicimos nuestra visita obligada a la estatua de Darwin. ¡Allí estaba el sabio! No pertenecía al pueblo ni a los visitantes. ¡Era propiedad exclusiva de la Base Naval, a la cual había que pedir permiso para ingresar! Había cercado el parquecillo, encerrándolo todo dentro de su recinto. Después del primer permiso hubo que pedir que nos abrieran una segunda puerta ante la que veinte aprendices de marino tomaban el sol como iguanas sobre una roca. Las divisiones del pequeño jardín y sus callejuelas estaban llenas de matas leñosas. Luego avanzamos por las cuatro cuadras que tenían a un lado un mar verde-azul de transparencia de cristal y al otro villas, casas y dependencias de la Marina. En todas las calles, canchas de deporte y patios, la misma sensación de descuido, y la visita indeseada de la hierba, mientras marinos con la cabeza rapada dormitaban al sol en posición de lagartijas.

No era todo malo, sin embargo. La Marina había abierto un almacén o comisariato para vender mercadería y víveres casi al precio de costo a los habitantes de la isla, haciendo gran competencia a los viejos fenicios, explotadores de los isleños.

Hicimos una visita al señor Ledesma, Gobernador Civil del Archipiélago, quien recibió a los turistas en su oficina, cortésmente. Después nos acompañó en el recorrido a todas las islas, por lo que pudimos palpar las dificultades en su difícil tarea, especialmente al encontrarse con rezagos de un duro dominio de la Marina, que aún quiere ser la que rige omnímodamente el Archipiélago, como en épocas aciagas anteriores.

Hemos decidido ir a conocer la parte alta de la región, en la que nunca estuvo Darwin, por lo cual seguramente, al hablar de la Isla Chatham, que así se llamaba entonces, y a donde llegó el 17 de septiembre de 1835, dijo: "Desde las orillas diviso algunas colinas redondeadas, y la isla no ofrece nada de notable". Y, precisamente lo importante que tiene es que en esas colinas redondeadas hay una laguna de agua dulce, la del Junco, la única en todo el grupo de islas e islotes, y además una vertiente que se ha aprovechado para surtir del precioso elemento a Puerto Baquerizo, por tubería.

Desde muy por la mañana divisamos la montaña de suaves y verdes contornos, envuelta en su gorro de nubes invernales, y con sus lomos expuestos a los vientos alisios. Vamos hacia ella en una camioneta, que a las veces salta sobre el empedrado hecho con grandes bloques basálticos. Se parece lejanamente a la vía Apia. Viajamos como aceitunas en un frasco, procurando sacar la cabeza para contemplar la rápida sucesión de paisajes, el rápido vuelco del escenario: primero basalto negro o verdoso en grandes montones, arrojado por el volcán como semilla al voleo; luego la larga y plana llanura, atormentada por

la sed, con menos piedra y más vegetación consistente en pequeñas acacias y grandes cactus hundiendo sus raíces entre roca y roca; después algunas costras de tierra roja iban disputando su lugar a los pedruscos; verdes paraguas de brillantes arbustos se elevaban sobre la calcinada mesa. Entre ellos divisamos al maldito manzanillo, origen de leyendas en esos lugares. Es una euforbiacea venenosa de jugo lechoso, que levanta ampollas en la piel humana. Su fruta, como la del tártago, produce envenenamiento. Pero había que darle un toquecillo de mito, y yo he leído en una revista norteamericana, que no se podía permanecer bajo sus ramas, y que aun el pasar cerca a él significaba muerte. Los que fuimos allí hemos pasado varias horas bajo la sombra de un bosquecillo de este arbusto y nada nos pasó. Ni los anunciados vómitos, ni el dolor de cabeza sentenciado por el repórter americano. Así se escribe la historia.

Pero nuestro amigo el vendedor de plumas y lanzas orientales hizo un acopio de frutos del arbolillo, no sabemos con qué fin.

Toda esta parte que hemos cruzado no sirve para la agricultura. No hay una gota de agua. A partir de ese sitio empieza el declivio de la zona. Grandes parches de cabuyos de hojas lozanas, largas y estrechas, probablemente traídos del Continente o tal vez de México se han aclimatado tan bien que están dominando a la vegetación indígena. Sólo este henequén podía haber sobrevivido a la falta absoluta de humedad. Observamos que ésta puede ser una fuente futura de riqueza para las islas. En efecto, hay ya una desfibradora de la planta y se está enviando el producto a Guayaquil para la confección de sacos.

Seguimos subiendo. Un poco antes de Progreso, empieza la tierra laborable y se termina el pedrisco. La vegetación cubre de un verde limón las planicies y comienzan las chacras de los llamados "colonos", en forma despectiva por los antiguos dueños de la isla, por sus herederos, y también por los Jefes Territoriales y sus segundones, y luego por los Infantes de Marina, continuadores de la trágica dominación anterior, sobre quienes deseán hacer su vida pacífica en ese olvidado lugar.

En la misera aldehuela de Progreso hay cien trabajadores y un cura. Cada uno de los primeros trabaja en forma rudimentaria y tranquila tres o cuatro hectáreas. Pese a su infinita pobreza, a la falta de medios y a la de mercado para sus productos, ese labrador vive contento, sin radio, ni periódico, ni cine, sentado a la puerta de "su casa en su chacra, y con su mar y su cielo al frente". Contempla cómo florece el cafeto de hojas lustrosas, cómo cuaja el guineo y levanta nuevos brotes la caña de azúcar, al lado justamente de la flor morada del papal, que está contiguo al pimiento y al tomate, mientras regadas por el suelo las guías del camote, de la berenjena o del melón, se ex-

tienden bajo la lluvia. Porque aquí arriba, a quinientos metros sobre el mar se dan todos los frutos del mundo, sean del altiplano o del trópico, y aquí sí llueve de veras. Pero para amargar la existencia de estos hombres mitad tristes, mitad alegres, pero libres, no lejos de sus chacras, se extiende la antigua hacienda de Manuel J. Cobos, señor de horca y cuchillo, que sembró el terror en la gran isla, cuando tuvo su ingenio de azúcar en ella. Tenía hombres traídos a la soga, a los que se pagaba con trozos de cartón o cuero a manera de moneda, para cambiarse con víveres o mercaderías en el almacén de la hacienda a precios de espanto. El señor feudal fue muerto a balazos, en un momento de rebeldía por sus hombres el 15 de enero de 1904. Quedan residuos de la finca. No hay ya la caña que levantaba sus espadas al cielo, ni se oye el undívago ruido del trapiche, ni los hombres van encidos al mismo como bueyes; no hay la famosa sala de baile en que tres veces al año se bebía el aguardiente "mataburro" y corría la sangre de dos o tres víctimas, que caían en el báquico furor por razones amorosas, ni tampoco hay ya la deuda acumulada por las "rayas" no trabajadas. Del sistema absolutista de otrora quedan sólo el dominio de algún jefe de la Marina, o de algún caciquillo pueblerino. La antigua hacienda tiene sólo potreros y ganado.

No lejos, entre los cactus de candelabro, se divisan las pequeñas hojas de un extenso cafetal, propiedad de Lorenzo Tous, que no lo puede trabajar a cabalidad por la falta de brazos. ¡Es que nadie quiere venir a esta isla trágica, llena de leyendas, en calidad de bracero! Además, no hay objeto, si no muy lejos de la finca fatal hay tierras baldías que se pueden sembrar con mano propia. ¡La ambicionada punta de tierra en propiedad, llacta-cunga, el pedazo de suelo que nadie le discutirá!

Lo que producen en exceso los dueños de estas parcelas lo cambian con pescado a los habitantes del puerto.

Destaca, entre los edificios del pueblo, una escuela, preparando mal o bien, hombres para el porvenir. Al lado, como siempre, una iglesia con su pastor de almas ofreciendo grandes compensaciones, bellas praderas con abundante agua y extensos cafetales, a quienes paguen un diezmo a la iglesia, pero todo... en otra vida.

Continuamos nuestro viaje hasta la cresta misma del cerro, hasta el cráter situado sobre mansa ladera. Tierra suave y cultivable, igual que una montañuela azul de la sierra ecuatoriana, enseñando su vientre donoso todos los días al sol.

Pasamos por una parcela en que están haciendo ensayos de aclimatación de plantas foráneas. La Estación Agrícola ha sembrado eucaliptos que asoman sus modestas cabelleras a poca altura del suelo, y otras especies vegetales importantes. A continuación cruzamos gran-

des pastizales, entre los cuales, agazapados como perros de presa, vi-  
mos a los famosos guayabos, que han iniciado una batalla frontal para  
apoderarse de la isla, y terminar con las verdes praderas. Nacen por  
doquier, aislados, en macizos, en hileras, al tresbolillo y formando bos-  
ques, que no dejan ya nacer hierba a su alrededor.

Llegamos a la cúspide en donde está la laguna del Junco, en el  
fondo mismo del cráter. No llega su agua dulce a cubrir una exten-  
sión mayor de dos hectáreas, pero desde el balcón a que se asoma para  
mirar toda la isla, deja pasar por entre los dedos de sus pies, hilillos de  
agua. Como una bendición, por filtraciones internas, a través de las  
grandes brechas en las rocas basálticas superpuestas, que son el sub-  
suelo de la gran isla, el agua asoma sus ojos de cristal, que van ba-  
jando a mirar las resecas tierras de la orilla, llegando así hasta el  
puerto.

Contemplamos una gran parte de la isla a nuestros pies: diez ki-  
lómetros de ancho, por más o menos cuarenta de largo, habitada sólo  
en su parte Sur y un poco en el Oeste. Todo el Norte es paraíso into-  
cado para cárteas, algarrobos, guayabos, herbáceas y toros salvajes.

Entonces empieza nuevamente el mito que envuelve a estas islas:  
uno de los hombres que se ha metido con nosotros en la camioneta, y  
que ahora está parado al filo de la laguna, poniendo su mano como  
Napoleón entre la camisa, nos habla en lenguaje para turistas. (A mí  
también me creyó gringo).

—Esta isla que ustedes ven, señores, es de tres personas: la here-  
dera de Cobo, Lorenzo Tous y mí. Hay también uno que otro "colo-  
no" que tiene su pedazo en el que, al poner a secar un cuero de res  
salen los bordes del mismo de los linderos de la finca. Es decir, todo  
es nuestro. Un señor Núñez también pretendió tener no sé qué título,  
pero la Marina no le dejó sacar ninguna cabeza de ganado para el  
continente, Tous "produció" 2.400 quintales de café el año pasado  
en ocho hectáreas, que le dio cosechando el mismo comerciante que  
les compra el bacalao a los pescadores con sesenta trabajadores que  
"trujo" de Guayaquil. La heredera del gran Cobos y yo estamos dedi-  
cados a la ganadería. Mi propiedad alcanza desde esta laguna hasta  
el mar: seis kilómetros de largo por cinco de ancho o sean tres mil  
hectáreas. Tengo títulos de propiedad. Soy el único que los tengo.  
Soy un rico propietario. El cacique de estos infelices. Yo pondré el  
próximo diputado por las islas, que es un comerciante de Guayaquil,  
amigo mío, que nunca ha venido acá, pero eso no importa. Es mi ami-  
go. Yo "juí" gobernador del Archipiélago, porque tengo poder econó-  
mico. Además, políticamente, soy "endependiente", que no me caso  
con nadie. No ocupo trabajadores en mi hacienda, de los de aquí, por-

que todos son unos ladrones y unos ociosos. Yo traigo por temporadas, gente de Manabí.

Los turistas sacaban sus libretos y tomaban notas. Leo por encima del hombro del corresponsal americano:

"Propietario de 30.000 hectáreas con título. Millonario. Todos habitantes ladrones... El ex-Sargento del Ejército único trabajador. Lo que puede el esfuerzo personal, la libre empresa y el triunfo de la democracia... Anticomunista. Caza reses salvajes. Las mete en sus corrales. Hombre valiente. Llegó a ser Presidente de Islas. Habla bien. Isla da 300 quintales café por hectárea. Ni en Indonesia. Tierras maravillosas. 50.000 reses salvajes en Isla. 100.000 perros salvajes. Isla tiene 300 kilómetros largo".

Algunas de estas últimas aseveraciones las había dictado directamente el gran cacique de la isla, el ignorante que decía "jui", "trujo" y "produció", y como se trataba de mentiras tan odiosas, rectifiqué algunas de ellas. El isleño se atrevió a refutar mis palabras, diciendo:

La isla tiene 300 kilómetros de largo, señor. Yo los he medido. Si las cartas Marinas, como usted dice indican que tiene 40 kilómetros, entonces... todas las cartas Marinas están equivocadas.

Los americanos me miraban como un ser raro que les quitaba la oportunidad de hacer su reportaje sensacionalista, y que les rectificaba sus cifras hermosas. Les daba pena poner que en esa isla ya no habría sino unas cinco mil reses en estado salvaje en el Norte de la isla.

Posteriormente quise verificar en Quito, si en realidad ese caci-  
quillo de opereta fue alguna vez Gobernador de las maravillosas islas, pero después decidí no hacerlo. Recordé la larga y triste historia de mi patria.

Bajamos. Volvemos a pasar por los campos cultivados por los "colonos". Una persona seria que se nos unió en el pueblo nos aseveró que a nadie se le ha dado título de propiedad, lo que desalienta a muchos en el trabajo de lo que consideran "propio". Un Jefe Territorial ofreció alguna vez hacerlo. Soldados de la Base Militar cobraron de cien a ciento cincuenta sures por mediciones y derechos para darles las escrituras. Nunca las vieron. La explotación ha reinado en las islas en una u otra forma. Han exprimido por todas partes el seco limón del colono.

Luego este hombre nos explicó que los agricultores de la Isla querían que se les alquilara el servicio de un gran tractor que antes estuvo en esa Isla, y que pertenecía al gobierno. Les serviría para labrar la tierra, por medio del Centro Agrícola. Mas, la Marina se lo llevó a la Isla Santa Cruz. No sabemos si es ése o no, pero al lado de la Base

Naval de la citada Santa Cruz vimos un enorme tractor abandonado. Parecía una estatua a la molicie, a la dejadez y sobre todo al egoísmo.

Así no podemos hablar de poblar nuestras islas, de atraer agricultores y pescadores, si luego van a ser "miseros colonos", o "pobres pescadores". Hagamos algo para ennoblecer a esos valientes pioneros que dejando familia y amigos, comodidades y facilidades en el continente fueron a hacer vida de robinsones modernos.

Al día siguiente partimos a Santa Cruz.

Darwin dijo que en una época geológicamente reciente el océano se extendía allí donde hoy se encuentran las islas. Indicó que éstas eran de muy distinta formación geológica que el suelo de toda América. Luego no son una parte que se ha separado de él, ni hay la posibilidad de hundimiento de tierras entre América y ese Archipiélago. De ahí la gran sorpresa del sabio de encontrar especies vegetales y animales diferentes de las de América del Sur, pero de la misma rama, y lo más raro aún, que verificó que había diferencias notables entre las especies de islas cercanas entre sí.

Por pura coincidencia, eso sí, sucede lo mismo entre los habitantes y costumbres de la Isla San Cristóbal y los de Santa Cruz. Veamos quiénes son los de esta última isla.

Al amanecer, sobre la orilla que forma un roquedal en cantil, divisamos en acuarela de limpios tonos los cactus, los jardines y las coloridas casas de los Angermayer, los Divine, los Kubler, los Nelson y otros pobladores de la orilla. Después de lo hecho por la mano del hombre, hasta donde se extendía la vista, la ribera huérfana de playa arenosa, nos enseñaba sólo el conglomerado basáltico, negro en su negrura de azabache, con las chimeneas basculares de grandes cárceas de diez metros de altura, perforando el cuenco del cielo.

Estas casas, tan distintas de las encontradas en Chatham, son construidas en piedra y aluminio, en roca pulida y brillantes maderas traídas de Guayaquil y California, con pisos encerados y vestidas por fuera con delantales de buganvillas floridas que se arriman rojas sobre los grandes ventanales que dan sobre la bahía. Aquí ya no está el pescador barbudo que se come su murria ocho meses al año, fiando víveres al tendero.

Estas mansiones están habitadas por otra clase de hombres que bajan a mirarse en las aguas transparentes de la bahía, desde el alto farallón de basalto en que viven, por escaleras de pulido metal, copiadas a las de los grandes trasatlánticos.

¿Quiénes son estos desterrados voluntarios, estos "locos", distintos de los que vimos antes, sentados a la puerta de su bohío en el repecho de las lomas del Junco? ¿Son presuntos suicidas, que en un instante de cordura, no cumplieron su siniestro deseo y prefirieron sepul-

tarse vivos en esta lejana isla? ¿Son simplemente hombres despedidos de su vida anterior? ¿O tal vez robinsones aventureros? De todo debe haber entre ellos. Quién sabe si en horas de hondo quebranto se extrañaron de sus tierras supercivilizadas, ahitos de rascacielos y de horarios, de convencionalismos y de leyes. Náufragos de la tormenta moderna, que, vueltos de espaldas a todo lo que dejaban, creyeron que esta nueva forma de vivir, más cerca a la naturaleza primitiva y bronca de estos raros islotes, debería ser el símbolo de la paz ofrecida a los hombres en la delgada corteza terrestre por algún filósofo oriental. A las veces les envidio y estoy de acuerdo con ellos.

Visitamos a algunos de estos hombres: el repórter americano para hacerlos aparecer a cada uno como a un Gauguin moderno; el charlatán de feria para tratar de venderles sus monos; y el médico guayaquileño para hacer su obra sanitaria.

Muchos trajeron algo de dinero. Otros, las manos sobre la cabeza. Alguno vino en su yate pretensioso y vive en la rocosa orilla como un pequeño Onassis.

El que me llamó la atención es el más antiguo poblador extranjero de estos eriales. El más pobre de todos: una especie de Diógenes en su barril. Es Karl Kubler, el de la barba de chivo, blanca de luz, el de los calzones cortos de cuero duro, el de las sandalias de peregrino... y nada más por vestido. Vino a las islas en 1934, con su esposa Margarita y su hija Carmen. Llegaron de España, en donde les habían congelado su dinero. Pensaron regresar a Alemania, su tierra, más tarde. Pero de las islas ya no se regresa. ¿A qué, si la vida era tan fácil, la arena tan pulida, la langosta a la mano, el sol tan claro y el agua de la bahía pintando mil esmeraldas?

Cerca a la orilla escarpada encontró una pequeña playa. Construyó una casa de madera y cercó su propiedad con piedra que generosamente brindaba la región. Empezó la difícil tarea de sembrar palmeras de cocos y dátiles, regándolas con la muy poca agua dulce que recogía en un aljibe caída de los techos de su casa en invierno. Así lo hacen todos aún hoy en la pequeña población que existe allí. Luego Kubler limpió de abrojos una gran porción del arenal reseco que dormía bajo el fuego del sol tropical. Dejó sólo retorcidos y viejos árboles de jelimacho que dieron agradable sombra a los caminos de su jardín negro y blanco que en su loca cabeza ideó. Las plantas son grandes montones de roca oscura, y las flores centenares de huesos que pacientemente ha traído colocándolos encima de los montones. Huesos de ballena, delfín, tiburones y tortuga artísticamente arreglados como grandes flores trágicas de un jardín de pesadilla. ¡Ni un yerbajo verdea entre la blanca arena y el negro peñón basáltico!

En la parte de atrás, en su huerta, nos enseña orgulloso sus naranjos y limoneros, poniendo el toque alegre de sus globos verdes y rojos sobre el bruno roquedal. Una vieja higuera es su amiga preferida. Las gallinas de seda blanca ponían la nota viva en el duro paisaje.

¿De qué vive este raro ser, confinado a su pequeño desierto de basaltos y agua salada? Este solitario, pues no están ya con él, ni su mujer ni su hija, vive de su patio de pesca. Construyó una albaradán de grandes cantos cercando un pedazo del brazo de mar, festoneado de manglares enanos que bordean su propiedad: treinta varas por cincuenta. Dejó una abertura como puerta de media vara entre los muros. Por ella entra rugiente el agua de la marea a "su patio privado de pesca". Cuando ya está lleno, Kubler deja su hamaca, y despacio, sin prisa, pasea sobre el valladar rocoso que ahí vemos, y deja caer tranquilamente una puerta de palos con pequeña separación de uno a otro, llenando el hueco entre los muros. Regresa a su casa a "descansar otra vez", hasta que la vaciante haya llevado nuevamente a la bahía, su agua verde, sus espumas y sus olas. Sólo han quedado brillando en pequeños tumbos de agua, docenas de lisas y langostas que no pudieron bajar a través de la ruda puerta de madera. En su "patio privado", sobre las rocas, a la mano, dando volteretas está el alimento de este raro Robinson. El baja, se agacha, las coge y las va colocando en su cesta. Abre por fin su puerta, y vuelve al mar las que no necesita.

Alguna vez siembra melones, que han tenido fama entre los isleños como los mejores producidos en el "paraíso galapaguense". Este año sembró mil matas, pero no vino la lluvia codiciada y las plantas estaban ya muertas de sed, arrastrando sus largas lenguas amarillas sobre las conchuelas del erial.

Este "loco" vive tranquilo, sin pedir nada a nadie, sin necesitar nada del mundo. Dice que los otros necesitan de él; que pícaros y ladrones entran a robarle sus cocos o sus pollos. Un día puso un pequeño cañoncito cargado con pólvora, y un ladrón al pisar la cuerda de la alarma produjo una fuerte detonación que se oyó hasta la casa del cura del pequeño poblacho. Alguna vez su fobia de solitario le hizo salirse de sus casillas e insultar a gentes de la isla. Lo tomaron preso. ¡Es que debe ser tan difícil conservar la ecuanimidad tras largos quinquenios de mirar los mismos rostros de color de cuero quemado, y asar el mismo pescado en el mismo fogón, sin más compañía que la de uno o dos perros!

Dejamos a estos hombres excéntricos, casi felices, y con nuestro guía Jacobo Lundh, pasamos un momento a las casas de "los otros", de los que tienen piso de caoba encerado, refrigeradora de kerosene,

y cajas de whisky. Nada de particular ni asombroso. El mismo cuento de todo el mundo. Pescadores de calzón roto y hambre atrasada trabajando para ellos, los contratistas, los enganchadores, que viven contemplando la caleta de zafiro entre vaso y vaso de cerveza. Salimos.

Vamos a visitar las casas en la pequeña playa. Conocemos el nuevo hotel en construcción con sus cabinas separadas del cuerpo principal por caminitos cubiertos de arena de plata. Vemos la fábrica de bloques de cemento, con los cuales están ya hoy construyendo sus casas los habitantes de este sector, en un salto de pértiga prodigioso, desde la choza hasta la mansión.

Pasamos cerca de la Base Naval, y vemos entrar en ella un hombre con sus asnillos tranquilos llevando su carga de carne a cuestas. Nos explican que la Base tiene un "cazador oficial", que sube a los bosques de atrás de la isla, y con tres cartuchos de fusil que le entregan debe matar una res salvaje, destrozarla y vender una parte por su cuenta. A la base tiene que entregar un tercio del toro, gratis. Parece una relación de los tiempos de Atila y su ejército.

Vamos a la Estación Biológica que se levanta como una encalada casa en Marruecos, limpia y airosa entre manzanillos y espinos. Está construida en cemento y posee comodidades actuales. Científicos franceses y americanos nos atienden gentilmente y nos enseñan sus colecciones y estudios. Hay pocos ejemplares de culebras, pues en la isla no abundan sino especies no venenosas, mientras que iguanas y lagartijas llenan jaulas, cajones y corrales. Van comprobando los asertos de sabios venidos anteriormente a la isla, y ante sus ojos atónitos los animales viven sus vidas singulares. Estos reptiles son de diferentes tamaños, según de la isla de que provienen y de distintas costumbres, pues algunas lagartijas son herbívoras y otras insectívoras. Confirmación de la famosa teoría del viejo Darwin.

Pero estamos en el siglo veinte. No nos regimos por hipótesis ni teorías. Lo nuestro son asertos. Y disponemos de métodos precisos y concretos. Se pesca un lagarto sin hacerle daño, y se lo instala cómodamente, en corral amplio y seguro, con bajas paredes de plástico transparente, con rocas y maderos en el centro, simulando su "habitat". Se le rodea de hembras de vistosos colores y se le pone un número pintado en su espalda. Y luego vienen las negras iguanas de ochenta centímetros de largo, confundiéndose sobre el negror de montones de piedra, junto a sus primas hermanas las iguanas terrestres de un gris pardusco de árbol seco, subidas sobre las ramas de un arbusto, y con el mimetismo que las hace aparecer como sarmientos secos. Pero todos estos extraños seres bajo estudio están alimentados por los científicos en su "hotel" gratuito. Las colonias de lagartijas tenían pescado podrido en montones entre los troncos y pedruscos. Alguien observó que

estos animales no eran carnívoros, pero nuestros informantes nos indicaron que eran para atraer a los insectos de que se alimentaban esas especies. Y allí vimos a los estudiosos naturalistas sentados bajo un toldo, en calzón corto, con su cámara con teleobjetivo y su cuaderno de notas. Nos indicaron que habían descubierto que las lagartijas, que ellos se empeñaban en llamar lagartos, formaban colonias. Tenían su leader. Un día lo sacaron a éste y otro tomó su lugar de inmediato, pero al devolver al anterior, automáticamente continuó siendo el jeque inflexible.

En otro sector, reyezuelos, halcones, papamoscas, tórtolas, sisonetes y pinzones de la isla, casi todos oriundos del archipiélago, eran estudiados en su mínimo detalle, a tal extremo que uno de los profesores se dedicaba exclusivamente a establecer diferencias en el canto de las aves. Este científico fue después con nosotros a Guayaquil pero ante nuestro asombro no lo hizo solo. Embarcó como ochenta jaulas con pájaros, con los cuidados convenientes, para de allí transportarlas a Estados Unidos. Sabemos que han llevado en ocasiones anteriores otros cargamentos, inclusive tortugas. ¿Vamos nosotros a Norteamérica a cazar los pocos búfalos que les quedan y traerlos en jaulas a nuestro país? ¿O somos el pariente pobre de Indoamérica? ¿O en realidad salimos de Escila para caer en Caribdis? ¿Nos liberamos de la fina espada española para caer en la redonda moneda americana que todo lo soborna?

Antes de dejar los patios de la Estación Biológica, llegaba el Gobernador de las Islas, que traía la queja de los habitantes nacionales de ese lugar, de los "colonos", de los pobladores del puerto. Indicaban éstos que los señores científicos se habían creído ya propietarios del lote de terreno en donde estaban casas, corrales y galpones, propietarios de los camiones que los unen, dueños del carretero hasta el lugar, poseedores de la orilla, y de la única playa de arena que hay en una legua a la redonda, la que está circundando la estación, y de la cual los pobladores llevaban la arena para sus bloques de cemento y sus construcciones en general. Es decir el mismo cuento eterno que espanta al hombre: la propiedad. El mismo cuento que aleja al colono: el no tener nada, y saber que siempre hay alguien que no tiene todo. Ese ser privilegiado que es el señor feudal, o el Jefe Territorial, o el soldado, o el Señor de la Base Marina, que hasta cobran impuestos inexistentes en nuestra legislación. O es el extranjero que trae unos pocos dólares o francos y viene a creerse dueño de nuestros productos, de nuestras rocas y nuestra tierra, o a hacer dinero gordo con ellos, posponiendo a nuestros nativos, o insultándolos, llegando a prohibirles hasta el uso de la arena de las playas muy de ellos.

Los habitantes de la parte alta de la isla viven de la agricultura, igual que en San Cristóbal. Aquí también oímos algunas de sus quejas, indicando que se les había negado el permiso para mantener vacas salvajes en su propiedad; ni siquiera las cinco a las que según no sé qué reglamento estarían autorizados. No le cayeron en gracia al Jefe de la Guarnición Marina. Es decir que en ese islote está prohibido el fomento de ganadería particular. ¡Necesidad sublime! La falta de carne es notoria. Se tiene entonces que depender del ganado salvaje. ¡No se lo puede domesticar! El cazador oficial sólo puede cazar una o dos reses por semana, y su carne no alcanza a todos los habitantes. La venta se la hace a ochenta centavos la libra y la acaparan "los del lado de las rocas", los que tienen sus casas con pisos de caoba. Hay ocasiones en que no hay carne para el "colon". Mientras tanto los perros salvajes viven gordos y lustrosos en las altas pampas, matando terneros. Pero al doliente hermano que siembra su puñado de camotes se le niega el derecho de cazar a lazo su alimento. Los aprendices de marino, sí, comen bien con carne gratuita.

Es mucha verdad que, en tiempos pasados, hubo necesidad de mano dura para evitar la total destrucción de las especies, pues hubo ocioso que se alimentaba todo el año con grueso caldo de tortuga, cogida como quien coge granizo en una helada. Allí nativo que no trabajaba, navío extranjero que iba a hacer aguada o cacique convertido en miserable tiranuelo mató por centenares galápagos, reses y lobos marinos, por la carne o la piel, a tal extremo que hay algunas islas en que no hay más representantes de esas especies que los que se muestran en fotografías.



IGUANA EN LA PLAYA.

Pero hoy no. Hoy los hombres que viven su rara vida en esos lejanos desiertos piden que se terminen estas acciones dominantes. Claman porque de una vez por todas se los "convierta en ciudadanos ecuatorianos", con todos los derechos constitucionales: con voz y voto, con derecho a la propiedad de la tierra y de los semovientes que puedan tener o adquirir. Que no se les cambie de isla cuando a cualquier Capitán de Marina se le ocurra hacerlo porque así le conviene para sus fines proditorios. Por último, estos hombres piden que la Marina se dedique a hacer lo mismo que hace en el Continente, y no a convertirse en porquerizos o cuidadores de asnos y bueyes salvajes. Todo esto, si fuere necesario, deberá pasar a la actual Gobernación Civil.

Después de recibir estas desagradables noticias sobre la vida de los habitantes de esta isla, sobre el hombre que siempre ha ocupado nuestro principal punto de enfoque, debimos olvidarnos por un instante de sus pocas alegrías y de su mucha miseria; se nos llevó a lavarnos el espíritu, contemplando algo del inolvidable paisaje de las Islas Encantadas.

Nada dulzón ni con fuentes cantarinas; nada de frondas amables ni de bucólica paz del campo esmeraldino partido por rumorosos arroyos.

Acá, todo es masculino y duro. La luz del sol, sábana transparente de fuego de crisol atraviesa hasta la entraña sólida el pedernal oscuro en el primitivo sendero abierto por el asno opaco. Orea el pescado de fuerte olor, la brisa marina en los altos tendales de ramas gruesas. Nos trae en sus alas un olor a algas, a sales y a cal. Los pasos van muriendo sobre la manta de arena, sobre la manta muerta de miles de caracoles y conchas desintegradas, de la playa de un juego de muñecas. La lava bruna suena a costra de hierro y ceniza, bajo el cuero de nuestras botas. El turista va caminando sobre ella como sobre una plancha ardiente, y sus pasos suenan como pisando chatarra anciana. El acre paisaje es infernal. El acre paisaje es imponente. Soberbio en su belleza terca. Y así, árida y sedienta, se desdobra ante nosotros la planicie. Las gotas de agua que muy rara vez caen son sórbidas en ávido espasmo por nopal y largos cactus que hinchán luego sus verdes vientres, agradecidos.

El camino se vuelve tortuoso, a modo que subimos. Lavas y escorias, todas admirablemente estratificadas, semejantes al asperón, han sido reemplazadas ya por arena y fieros montones de basalto partido, circuítos por arbustos espinosos. De sus ramas cuelgan líquenes de un tono terroso, opaco, como barbas plateadas y polvorrientas de un Papá Noel descolorido. Entre ellos descubrimos la famosa orchilla que antes se la buscaba como colorante. Nada de flores tropicales de vivos colores. Todo es adusto, de una severidad de Tragedia Griega. Arre-

glo surrealista de una naturaleza bárbara, para espíritus cansados de suaves paisajes holandeses. Roura Oxandaberro pintó aquí algunos de sus más bellos cuadros.

Pero también encontramos un trozo de paisaje colorido, sedante. Al atardecer, bajando ya el lomerío, vamos a la laguna de Las Ninfas. Nos agachamos en una gruta de ramas colgantes de los bajos mangles marinos, y ante nuestros ojos abre su vientre una plácida lagunilla de agua salada. Todo suavidad, colores de cuadro de Renoir, con suavidad y tersura de seda. El manglar tiene colores de carne de campesina del mediodía francés, con enormes brochazos de gualda y de limón, y el agua de transparencia de espejo de nacimiento de fiesta navideña. El cardumen de lisas se divisa claro en su profundidad.

Luego viajamos a Playa Tortuga. Los lobos marinos asoman los bigotes de su cabeza boba al llegar nosotros a la playa. Y se quedan quietos. Resopian y se hunden. Las olas han muerto, la caleta está dormida, y el flanco del agua se ha acostado sobre la playa a dormir su siesta meridiana. Se ha recostado sobre una arena imposible, sobre una arena tan blanca como polvo de plata molida, papel para acuarela con finura de caolín. Y luego el contraste cruel: principia la plancha interminable de lava negra, cuarteada, con canales de agua marina entre sus grietas.

Esta naturaleza cambiante, este abrupto quitarse su ropaje y enseñar sus aberturas, sus quiebras y sus entrañas, dan a esta tierra una sensación de mujer que se desborda, que se entrega. Esta vegetación seca y dura, este sol siempre encendido; todo eso es lo que ha atraído a los hombres a Santa Cruz.

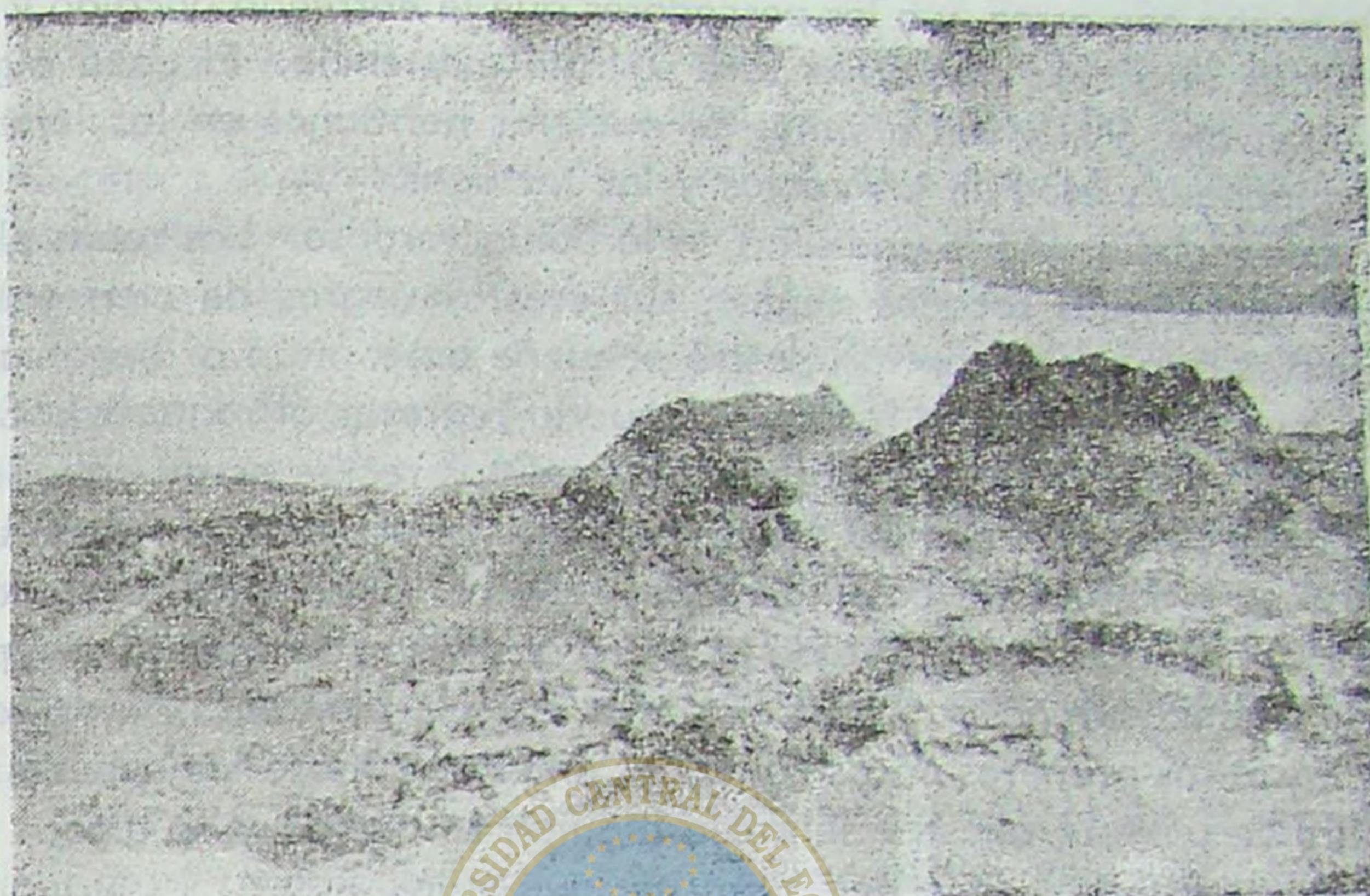
Al día siguiente vamos a los islotes Plaza. Nadie supo decírnos en honor de qué méritos que haya tenido algún Plaza, o de quién, que hubiese hecho algo relevante por el hombre de este lugar de destierro, les pusieron ese nombre. Son de formación totalmente rocosa: grandes bloques pétreos superpuestos. Ninguna corriente de lava se divisa en toda su extensión. El un lado del islote en que estuvimos tiene cortaduras a pico de treinta metros de alto, catedrales naturales de ojivas y arcos de piedra parda, casi deshabitadas, pues sólo unas pocas parejas de alcatraces, fragatas de roja papada y albatros contados vuelan allí. ¿Por qué hay en estas islas tan pocas aves marinas? Nadie lo sabe. Al otro lado de esta isla de apenas cuatro hectáreas, están las lobberías. Es decir, lo que resta de gigantescas manadas de lobos marinos, parientes de las focas, que antes habitaban todos estos islotes. Ahora sí, gracias a las restricciones de las autoridades marinas, que para algo debían servir, se conservan unos pocos centenares, como en museo, de lobos tan mansos que nos acercamos a ellos. Sólo el macho, padre de cada colonia bufaba, gaña, gemía y ladraba. Emitía una

serie de sonidos que se parecen a los del chivo, del ternero, del lobo o del buey cansado. Resoplando, resoplando, el viejo padre se pone a salvo en el agua, dejando a las hembras y pequeños en las rocas. Cogimos uno de ellos, con tranquilidad y tomamos varias fotografías. Su madre, al devolverlo nos miraba con ojos boyunos, permaneciendo tan tranquila, como si nada.



#### LOBOS MARINOS ENTRE LAS ROCAS.

Pasamos a la isla Santiago, llegando a la Bahía James. Atracamos a una isleta, en un árido lugar sin vegetación, cubierto de toba volcánica. Nos encontramos sobre una gran corriente de lava que debe haberse precipitado hasta la crilla, enfriándose súbitamente, produciendo en su superficie grandes burbujas casi de dos metros de diámetro y uno de altura. Caminamos sobre ellas. Son como cuencos de bronce, como ampollas de delgado hierro, invertidas, posadas sobre el río de lava. Más de una vez, al trepar por el un lado y bajar por el otro, su flaca cáscara se rompió bajo nuestras botas, cayendo sobre la ceniza volcánica que las soportaba. Andamos con cuidado. De ampolla en ampolla, de cauce en cauce por los que corrió esta hirviente escoria hacia abajo hace miles de años. La lava se conserva como entonces, anfractuosa, con las rugosidades que se formaron en el momento de su enfriamiento, y con los mismos variantes colores. Sonaban a hierro de antigua armadura, a hierro hueco.



CRATER EN LA ISLA SANTIAGO.

Trepamos hasta el cráter que debe estar a unos doscientos metros sobre el nivel del mar. Desde allí divisamos un canal que separa la isleta de la gran Isla Santiago, la cual tiene unos treinta kilómetros de largo. A nuestro lado divisamos una colina de lodo volcánico, que está ya desintegrándose azotada por las olas. En general, la vista es sorprendente. Estamos en el filo oriental del cráter cegado por una planicie como de cuatro cuadras cuadradas de ceniza volcánica. Bordes abruptos. En el declivio del otro extremo aparecen cuatro pequeños cráteres que no se divisaban desde la caleta. Miramos al otro lado y sobre la planicie cercana de la Isla Santiago contamos como ochenta cráteres grises, con un anillo de escorias rojas, cementadas juntas. Tales conos no deberán tener más de cincuenta metros de elevación sobre el agua. Ninguno parece haber tenido actividad reciente. Se extienden sobre una meseta de lava casi negra, con la misma apariencia anfractuosa de la que hemos subido. Toda se ha inflado en impresionantes verrugas férreas.

Esta escena que parece haber sido dirigida por ciclopes orates, es la más irreal, la más varonil que hayamos antes contemplado en nuestra vida. Bajamos con pena del viejo cráter.

Nuestro guía nos dice que en toda la isla no hay sino un solo habitante, al otro lado de la larga isla. Jíbaro, oriundo del oriente ecuatoriano; vive en la orilla en una ramada. Extrae la sal de un cráter que está lleno de agua salada sobre la capa de sal del fondo. El agua tiene un metro de profundidad. Vende el producto a los cazadores que

se lo pagan con arroz, y a los pescadores que le entregan bacalao y algo que otra cosa necesaria para su ruin existencia. El caza algún chivo salvaje. Así viven algunos de nuestros hermanos en las lejanas y abandonadas islas de los cactus y las tortugas.

Isla Isabela. Agua undísona en la bahía verdosa. Las rocas ahogadas asoman sus tocados negros, sus crestas negras de cien gallos dispuestos a la pelea contra nuestro pequeño bote. Aún al llegar a la orilla, cerca al muelle, la revesa nos quería regresar al roquedal. Saltamos a la playa, y la persona primera que nos recibe es un caballero vestido de café, con camisa verde floreada, gorra marrón, elegantes mocasines y medias de color de tabaco claro. Charlamos animadamente con él, que se ha quitado la gorra al divisar a nuestras compañeras, la cincuentona guayaquileña y la tostada manabita. Nos conduce hasta las primeras casas como un guía que conoce los deberes de hospitalidad. Ante nuestra sorpresa alguien se acerca y le dice:

—Padre Gordillo, le necesitan en la iglesia.

Más tarde volvimos a conversar con este ciudadano sin cogulla, sin tonsura, sin hábitos y con más pantalones que cualquier pescador de la isla.

Fuimos a las salinas que están detrás de las contadas casucas del pueblo. Allí vimos nuestros primeros flamencos de las Galápagos.

Luego visitamos a varios habitantes en sus respectivos domicilios: estaban dedicados a secar pescado en altas tarimas de madera, o a descascarar café traído de las chacras de los cerros. Las casas de la población son viejas y sucias. Demuestran lo poco que se ha hecho por su gente, por su bienestar y su salud moral. He inquirido a varios sobre su forma de vida. Con el mayor cinismo, a coro, me contestaron: trabajamos en la pesca cuatro o cinco meses, vendiendo el producto y con lo que obtenemos nos vamos a botar la plata en Quito y Guayaquil. Cuando se termina, regresamos a fiar nuevamente en la tienda del chulquero, hasta la nueva pesca. ¿Para qué queremos nosotros plata aquí? No hay qué comprar ni en qué invertirla.

Nuestro gran guía el señor Lundh nos dice que en esta isla probablemente hay unos treinta mil perros y unos veinte mil vacunos salvajes. A estos últimos los cazan a lazo y los bajan a la playa, vendiéndolos en la irrisoria suma de setenta sures. Vimos efectuar dos de esas transacciones.

Al día siguiente llegamos al término de nuestro viaje: la isla Floreana, la más conocida en el exterior por la intrincada novela tejida al rededor de extraños personajes que la habitaron en épocas pasadas: bucaneros y pescadores, médicos y baronesas, aventureros y soldados.

Hoy tiene la isla cuarenta y dos habitantes. Su escuela para sólo once alumnos es mejor que la carcomida casona de la Gobernación y

que la escuela misma de San Cristóbal, con sus mil quinientos habitantes. Tal vez ha habido aquí un hábil aprovechamiento de los hechos. Una familia de extranjeros que aún reside en ella, ha llamado más la atención a nuestros gobiernos, por sus quejas y sus historias, por su teatro: ponía vidrios en su rancho y decía que era la primera vez que se usaban vidrios en el Ecuador, pues en Guayaquil las casas no los tenían; iba a dar a luz y al acercarse un barco, hacía pasar mensajes a todo el mundo, pues ella no podía hacerlo sin un médico.

Entonces viene el mito en sus alas grandes, ya que ellos aprovechan de la fama de un doctor alemán que despertó la curiosidad del mundo por su vida a lo Robinson que llevaba en la isla. Al morir él en forma misteriosa, yates y veleros recalan en la isla para conocer la historieta que les es referida por los nuevos extranjeros residentes allí. Ellos reciben las atenciones y regalos.

Por ese mismo tiempo llegaba a la isla Eliecer Cruz, un ibarreño honrado y trabajador, casado con Emma Bedón, señor de luengas barbas, y que hoy tiene ya ocho hijos. Tiene más mérito que ningún otro habitante llegado al lugar, pues sin publicidad, sin obsequios, sin contar historietas, sin médicos para atender a su esposa, ha levantado su finca. Este ecuatoriano estudió imprenta en la Escuela de Artes y Oficios de Quito. Hombre ilustrado, desenvuelto y alegre. Trabajó en varias imprentas en Guayaquil. En 1940 hizo un rancho con los Conway. Vivió con su mujer una vida más dura que los alemanes que ya eran florecientes, debido a radios, herramientas, conservas y medicinas y hasta casas prefabricadas que recibían de ricos vagabundos que pasaban en sus grandes yates buscando aventuras, y a los que contaban sus acontecimientos a su modo. Pero todo lo que ha hecho esta familia westfaliana es vegetar en la isla y trabajar su chacra. También han hecho lo mismo dos mil ecuatorianos, que viven en esos islotes en condiciones desventajosas como he narrado ya, acosados por los intermediarios, por los caciques, por los tenientes políticos inescrupulosos, y por soldados y marinos, que los tratan, no como a ecuatorianos, sino como a penados.

Y esta familia de alemanes, en agradecimiento a la hospitalidad que nuestro país les brindó, publica un libro, en que pinta al Ecuador como país de salvajes. Insulta a la patria y a sus habitantes y denigra sus costumbres. Tuerce malintencionadamente lo referente a la Marina ecuatoriana. Habla de nuestra bella Ambato, diciendo que las navidades en nuestro Ecuador no son tranquilas como en su Alemania, pues se baila ruidosa y furiosamente en las calles, a las puertas de las iglesias. Dice que le han contado que en el país no se casan nuestros novios, sino después de haber convivido las parejas para acostumbrarse, lo cual sucede hasta en las mejores familias ecuatorianas... Y este libro

era un éxito de librería, un best-seller en la isla. La señora lo vendía entre otros "recuerdos del Archipiélago", especialmente a los extranjeros que visitaban el lugar.

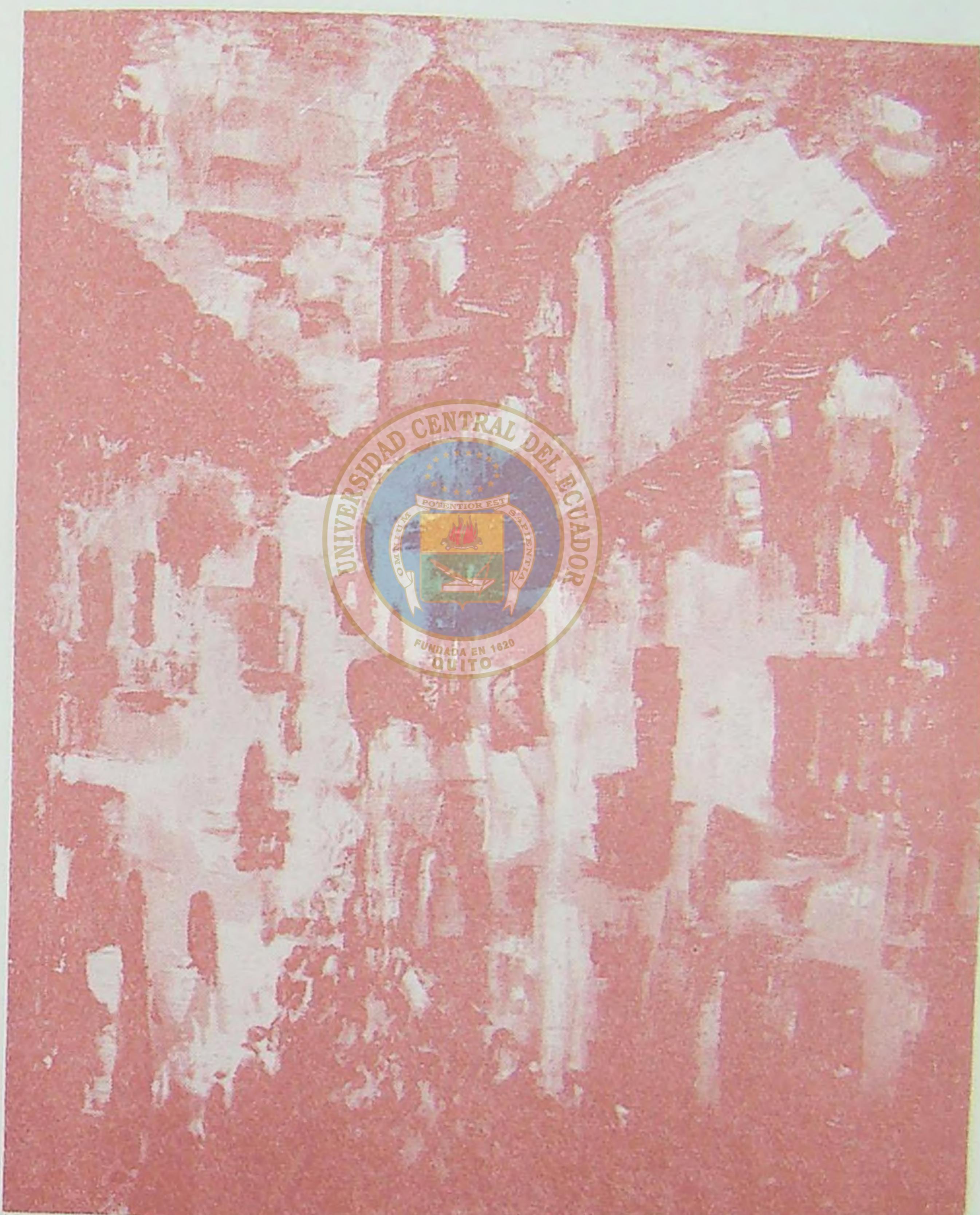
Salimos de Floreana, contemplando con tristeza su paisaje que se alejaba gris, verde y turquesa, absortos al recordar cómo todos los turistas habían hecho atenciones a la trabajadora campesina, y cómo los periodistas americanos habían llenado sus libretas de notas ensalzando a los "genios de las Galápagos", mientras en la orilla se perdía borrosa la figura multicolor de Eliecer Cruz, con dos de sus hijos, sin zapatos. Para él, para un ecuatoriano, nada.

Luego el barco volteó su gran proa, rumbo al continente. Olas grandes espaldeaban la popa del Cristóbal Carrier, que iba ahora sobre un mar agitado. Su torso grande era como una selva milenaria, lleno de árboles de copas verdes que emergieran de las abisales profundidades del Pacífico.





RINCON DE SANTA CLARA  
óleo  
José Enrique Guerrero



"MI BARRIO"  
óleo  
José Enrique Guerrero



VENTA DE ROPA

óleo

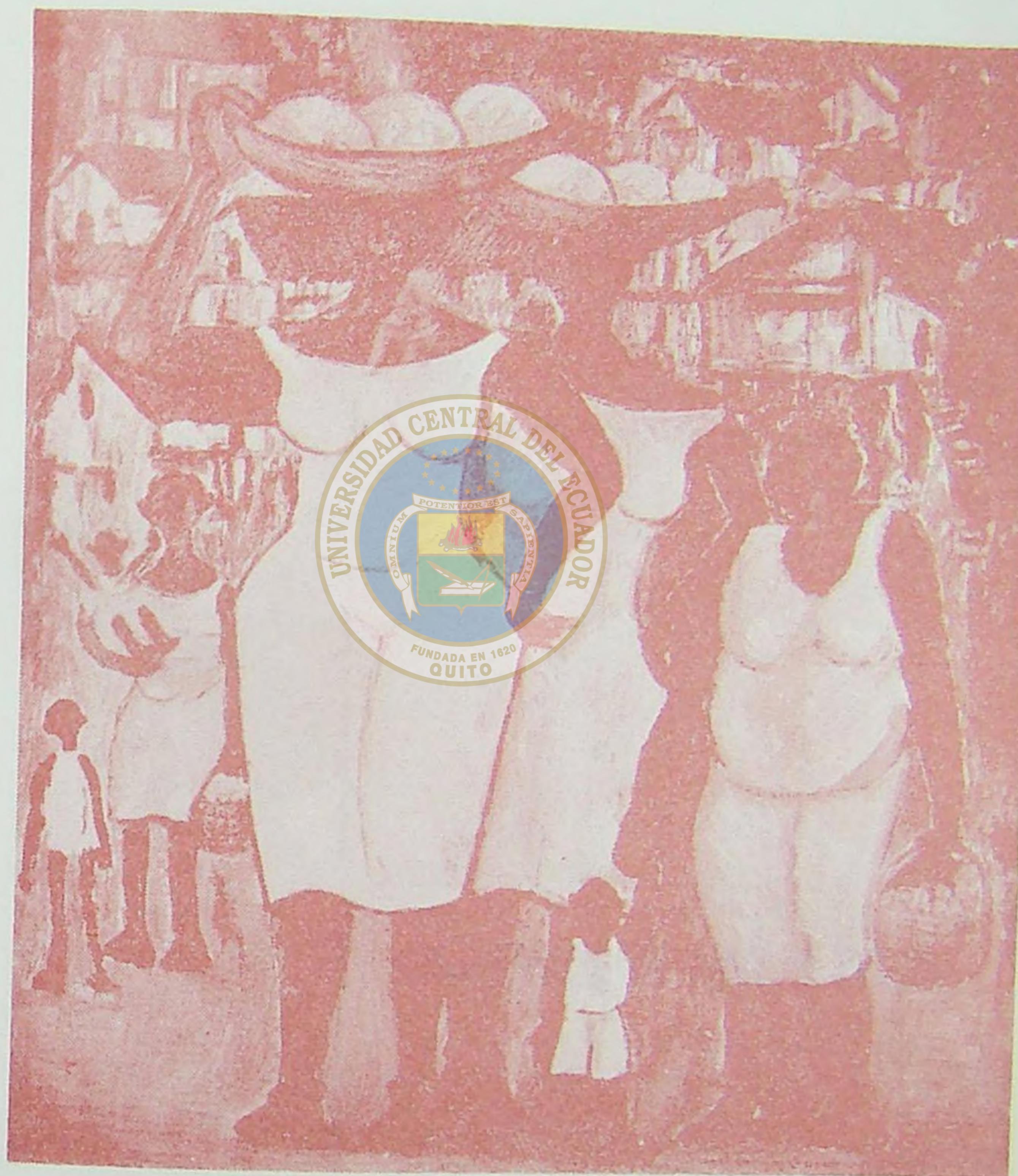
José Enrique Guerrero



CACIQUE COLORADO  
óleo  
José Enrique Guerrero



C A B E Z A   D E   P I N T O R  
óleo  
José Enrique Guerrero



FRUTERAS  
óleo  
José Enrique Guerrero